



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

DOS NOCHES

ENNIO FLAIANO

Traducción de Miguel Ros González

e

errata naturae

Índice

La mujer de Fiumicino	11
Adriano	119

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2012

TÍTULO ORIGINAL: *Una e una notte*

© Fondazione Luisa Flaiano, 2010

All rights reserved handled by Agenzia Letteraria Internazionale, Milano, Italy

Published in Italy by Adelphi Edizioni, Milano

© de la traducción, Miguel Ros González, 2012

© Errata naturae editores, 2012

C/ Río Uruguay, 7, bajo C

28018 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-15217-34-3

DEPÓSITO LEGAL: M-30788-2012

CÓDIGO BIC: FA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada

para Inmedia (Cáceres)

IMAGEN DE CUBIERTA: Faye Dunaway y Marcello Mastroianni en Villa Barbaro, 1968

© Douglas Kirkland/CORBIS

MAQUETACIÓN: Natalia Moreno

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los dos relatos de este libro son las caras de una misma moneda: van juntos, pero el uno se sorprendería de leer al otro, tan diferente. Un poco de experiencia nos enseña que par e impar están esculpidos en el mismo dado, y que tanto el drama como la farsa acompañan al personaje indeciso o, sencillamente, mediocre.

E. F.

LA MUJER DE FIUMICINO

A primera hora de la tarde, siguiendo su costumbre, Graziano se encaminó hacia la redacción. Era el mejor momento para ir: hasta las seis no llegaba nadie, y en la sección de crónica todo estaba en orden, sumido en una penumbra agradable. Las máquinas de escribir, dentro de sus fundas, tenían ese aire adusto que la soledad confiere a los objetos de ocasión; las sillas estaban en su sitio, el suelo bien barrido, y un rayo de luz iluminaba de lleno una estantería repleta de viejos libros, enviados para su reseña, que nadie se llevaba y que daban al lugar esa dignidad propia de las bibliotecas. Eran antologías de poesía lírica, anuarios, ensayos de economía, novelas impresas por cuenta del autor, y el polvo ya se había incrustado en los cantos como la caspa.

Levantando la mirada hacia el techo, Graziano saludaba al fresco de la Industria y del Comercio, dos mujeres compuestas y desnudas de cintura para arriba, con esos ojos redondos de las modelos bucólicas de Ciociaria, sentadas

entre los atributos de sus actividades: ruedas dentadas, martillos pilones, diplomas y fardos de mercancía. Hacia la ventana, bajo el pergamino con la fecha 1889, un joven Mercurio, completamente desnudo y a la espera de órdenes, colocaba un pie alado fuera del marco y parecía a punto de descender para realizar algún encargo.

Podía sentirse el silencio de aquel cielo afable, rosa y turquesa, que había sobre su cabeza. Con el paso del autobús, temblaba la madera de las paredes y el pavimento, del mismo material: era un escalofrío intenso que sacudía las ventanas y desplazaba los tinteros; después, todo volvía a la calma.

Graziano se sentó al escritorio del redactor jefe, situado, como el de un profesor, frente al resto de mesas; encendió la lámpara con la pantalla verde y comenzó a hojear una pila de periódicos aún frescos, procurando no arrugarlos, abriendo apenas las páginas, como quien abre las puertas de un pasillo en busca de su habitación, pues el redactor jefe ya le había advertido una vez: «Jovencito, yo sólo creo en la virginidad de los periódicos: para mí, un periódico hojeado es ya un periódico viejo, sin noticias». Aquellas hojas olían a petróleo, y la obstinación de los acontecimientos que suceden en el mundo, ese repetirse de los mismos nombres en los titulares, no tardaba en cansar a Graziano. Entonces llamaba al bar y pedía un café y un bocadillo para merendar, y mientras se los tomaba sentía que aquéllos eran los únicos momentos felices en la redacción, protegidos por el silencio, la soledad y la conciencia de una ociosidad inocente. Luego también

llamaba a alguna chica, organizaba su salida nocturna, hurgaba en los cajones y por último entraba, revista en mano, en el baño del director.

Ese día eligió una revista inglesa; pensaba que tenía que retomar el estudio de aquel idioma, pues le resultaría muy útil para viajar por el mundo. Hacia las seis, cuando sus colegas empezasen a llegar, se marcharía. No podía soportar aquel clima de alegría y solidaridad que pronto creaban, aquella jerga periodística que empobrecía los acontecimientos con un cinismo cotidiano y rutinario.

Graziano jamás había pensado en hacerse periodista. Fue su padre, gracias a sus contactos como antiguo auxiliar judicial del Ministerio de la Presidencia, quien le encontró el puesto y le dijo: «Ahora no hay excusas que valgan». Llevaba un año de prácticas en la redacción y le faltaban otros seis meses para pasar a plantilla. Sin embargo, en estos seis meses habrían encontrado la manera de echarlo. No es que le hiciesen la vida imposible; lo hostigaban, más bien, con la indiferencia cordial que se reserva a los diletantes en las redacciones. Graziano pensaba: «Puede que no les guste, aquí tienen esa retórica de labrarse un porvenir, del “servicio”, y yo estoy hecho de otra pasta; no digo que sea mejor, ¡pero qué diferente! A fin de cuentas, yo trabajo, pero no tendría necesidad».

Todas las noches, una vez cerrado el periódico, los empleados se quedaban charlando hasta tarde, a la espera de que el conserje llegase con las primeras copias salidas de las rotativas, aún calientes. Se hablaba de salarios, de los comienzos difíciles, de las manías del director y, en fin, de

mujeres. A veces Graziano les contaba sus dichosas aventuras con las jovencitas y señoras que paraba por la calle o encontraba en el cine, aunque todavía no había entendido que el secreto estaba en reservarse la parte cómica. En cambio, el colega que se encargaba de la revisión, Mastracchio, era único y genuino con sus desdichadas anécdotas: como cuando, en el último momento, la elegante y altanera condesa había pedido demasiado; o cuando acabó con el coche en una acequia porque se le había olvidado echar el freno de mano; o cuando, estando con otra chica, le dio de repente un apretón.

O como cuando contó de aquella vez que una vieja pueblerina se había parado frente a su coche, suplicando que la acercase al Policlínico, donde su marido estaba muriéndose. A la vieja se le iluminó la cara nada más sentarse y, echándole bruscamente una mano entre las piernas, soltó: «¿Dónde está mi trabuco?». Mastracchio le había dado algo de dinero para que bajase del coche; la vieja, saciada, se marchó deseándole buena salud y bendiciéndolo a él y a su familia, y dejó un tufo a fregadero en el asiento.

Cuando se hablaba de salarios, Graziano intervenía: «Yo tengo derecho a mis vacaciones, este año no me he cogido ni un día». Lo miraban con sorpresa; nunca habían creído en la posibilidad de que lo contratasen y estaban convencidos de que tarde o temprano el director le daría pasaporte.

En un principio lo habían dejado en la hemeroteca, pegando recortes de periódico y ordenándolos por tema y fecha. Cuando la hemeroteca se incendió («precisamente por culpa de Graziano», decían) lo trasladaron a la cróni-

ca blanca: se ocupaba de ruedas de prensa, nacimientos, defunciones, inauguraciones, celebraciones, llegadas y salidas; pero si intentaba dar a estas noticias un cierto garbo literario, en la tipografía se lo cortaban todo. Sólo quedaba la noticia desnuda, cruda, ofensiva. Una vez había vuelto todo ufano de la inauguración de una iglesia en la periferia, y dijo al redactor jefe: «Además del clásico artículo, yo también publicaría unos versos, ¿qué opina?». Y proponía los siguientes versos:

*La función ha acabado,
en el órgano suena Bach,
y el cardenal, halagado,
se marcha en su Cadillac.*

Se le había dibujado una sonrisilla pánfila, pero el redactor jefe, rasgando sus versos, le respondió, casi dolido: «Deja de hacer el tonto».

«Resultaría humillante», pensaba Graziano, «si no fuese porque me siento superior o, mejor dicho, ajeno». No lograba cuajar. ¿Por qué? Sólo sabía darse una respuesta: él era un señor, estaba hecho para otro tipo de vida, para escribir textos imaginativos, para ocupar, quién sabe, un puesto como directivo, y le era imposible adaptarse a los horarios y la imperfección de aquella profesión obtusa.

Así, cuando le decían: «Hoy va a ir usted a tal reunión», él iba acompañado de Dory Nelson, una joven friulana que había trabajado en los espectáculos de variedades, pero que ahora estaba sin empleo y solía frecuentar, hastiada, los

bares nocturnos. También ella, algo alocada, estaba hecha para otro tipo de vida, y se quedaba embelesada frente a los escaparates de las tiendas de muebles, de cocinas lacadas, de frigoríficos, y siempre bromeaba diciendo: «¿Me lo compras?». Graziano se sentía tranquilo junto a Dory Nelson, envuelto en una admiración tácita y canina que le permitía ahorrarse el esfuerzo de renovar la conquista, aun cuando hubiese pasado un mes sin verla. A veces le hacía algún que otro regalito, o le pagaba la cuenta en la *trattoria*, y ella, plácida, le decía: «Eres un cielo». No tenían temas de conversación, unidos por los placeres que ofrece la gran ciudad: el cine, los cafés, la cama. A las preguntas de Graziano, ella solía responder tarareando una canción (conocía muchísimas) en el tono de la pregunta, con un automatismo reconfortante, fruto de la misma melancolía que una vez, cuando estaba de servicio y se llamaba Botton Zelinda, la había llevado a intentar el suicidio. En otra ocasión, Graziano había descubierto un rayo de desolación, casi irónico, en sus ojos, cuando ella le dijo: «¿Sabes la última? Estoy embarazada». Durante un instante pensó en abrazarla, tranquilizándola con frases amables y emocionadas. Habría sido una solución digna de un gran señor si Dory Nelson hubiese sabido apreciar un gesto tan magnánimo. A ella, en cambio, le habría parecido un gesto natural y franco, pero no es Graziano un hombre que emprenda acciones heroicas si la reacción del espectador va a ser sencilla.

Se había quedado callado y, a los pocos días, hételo aquí de nuevo con Dory Nelson, que ya no hace alusión al tema

y canturrea despreocupada, acaso inmersa, como siempre, en su infelicidad vegetal.

Aquel día, en la reunión, se hablaba de temas agrarios. Graziano y Dory Nelson se divertían observando a los invitados; luego se percataron de que no había bufé y salieron a tomarse una cerveza. Por la noche, en tipografía, Graziano escribía un par de líneas convencionales, pero luego intentaba salvar el artículo hablando de la vida en el campo, de la majestuosidad del Agro Romano¹, y citando un pasaje de Goethe, para señalar la diferencia entre el pasado y el presente.

Al día siguiente el director lo manda llamar: «Todavía no entiendo si eres tonto de verdad, como afirman todos, o si te diviertes haciéndonos creer que lo eres». Y entonces Graziano le explica que en la Federbraccianti² no había pasado nada que pudiese interesar a un escritor, excepción hecha del tedio propio de toda reunión. El director lo mira como si lo viese por primera vez y le pregunta cuántos años tiene.

«Treinta y dos», responde Graziano; y añade que, si tiene que preocuparse de la agricultura, está preparado, pero que podría hacerlo a un nivel diferente: cubrir, por ejemplo, las corrientes migratorias italianas, como enviado

¹ Nombre geográfico que se le da a la vasta área rural que se extiende en torno a la ciudad de Roma. Política e históricamente ha representado el área de influencia del Gobierno municipal de Roma. (Todas las notas de esta edición son del traductor).

² La Federbraccianti o Federazione Nazionale Braccianti es el sindicato de los asalariados agrícolas fundado en Ferrara en 1948 y desarrollado posteriormente a nivel nacional. A partir de 1970 lleva a cabo una importante lucha por la mejora de las condiciones de contratación, trabajo, salario y asistencia sanitaria de la mano de obra agrícola.